

centro emblemático en los movimientos civiles; la autonomía en la secuencia visual de denuncia, de un fotógrafo disidente; el uso ideológico de un icono, identificado con la identidad a lo largo de casi un siglo de ficciones fílmicas, hasta su desmantelamiento; los montajes estratégicos de las revistas cultu-

rales para construir formas de mirar; la conciencia de un equipo de producción en la creación de un testimonio de propaganda disidente, un punto de vista de lo histórico, a partir del cinedocumental; los recursos trasgresores del fotoperiodismo disidente; la apropiación de íconos formulados a partir de

un enfoque de violencia, en un momento de ruptura, de desgarramiento social definitivo.

Les comparto con todo esto mi emoción e invito al público a adquirir su ejemplar. Les recomiendo que no se vayan de aquí corriendo ni volando, sino “caminando entre fotones”.

Entre la autobiografía y la historia de su tiempo

Anna Ribera Carbó

Tony Judt y Timothy Snyder, *Pensar el siglo XX*, México, Taurus, 2012.

Posguerra, publicada en 2005 y traducida al castellano en 2006, es sin duda la obra de referencia del historiador inglés Tony Judt. Obra colosal acerca de la segunda mitad del siglo XX, el trabajo abarca los años de la vida del propio autor, nacido en Londres en 1948 y fallecido en Nueva York en 2010. Escrita en clave europea, la obra se convirtió de inmediato, tras su publicación, en una obra de referencia obligada. Como otro historiador británico, el imprescindible Eric Hobsbawm, Judt escribió una historia paralela a la de sus investi-

gaciones académicas: la de su vida profesional, personal e intelectual. Si junto a su *Historia del siglo XX*, Hobsbawm escribió *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, en que narra su propia trayectoria vital a lo largo de ese siglo que fue el suyo, de principio a fin, Tony Judt, ya enfermo de gravedad, dejó su propio testimonio autobiográfico en sus conversaciones con su colega Timothy Snyder y que resultaron en *Pensar el siglo XX* (2012), libro espejo de *Posguerra*.

El libro, como bien lo aclara Snyder en las primeras líneas, es una historia de las ideas políticas modernas en Europa y en Estados Unidos, usando como hilo conductor la manera en que los intelectuales liberales, socialistas, comunistas, nacionalistas y fascis-

tas, entendieron y actuaron respecto a los temas del poder y de la justicia. Pero la obra es, además una reflexión “sobre las limitaciones (y la capacidad de renovación) de las ideas políticas y de los fracasos (y deberes) morales de los intelectuales en la política”. Ambos ejes de análisis se encuentran articulados por el itinerario personal e intelectual de Judt.

Nacido en el seno de una familia de inmigrantes judíos de la Europa oriental —dos de sus abuelos eran rusos, uno lituano y otro polaco—, avocinado en Londres y con grandes afanes de integración, fue desde su origen una persona atípica: “yo siempre supe que éramos diferentes. Por un lado no éramos como los demás judíos porque teníamos amigos no judíos y nuestra vida estaba

claramente anglicanizada. Sin embargo, no podríamos ser nunca como nuestros amigos no judíos, sencillamente porque nosotros éramos judíos”. Así, Judt introduce un tema que estará presente, o latente, en el conjunto de sus reflexiones, el tema de la cuestión judía. Él mismo afirma que el mundo de su juventud fue el mundo heredado por Hitler, en el que la historia intelectual y de los intelectuales estuvo marcada por una narración que se inmiscuyó insistentemente en cualquier relato a propósito del pensamiento y los pensadores del siglo XX: la catástrofe de los judíos europeos. Ya en clave autobiográfica, afirma que ni su vida intelectual ni su trabajo histórico giraron nunca en torno a la cuestión judía, pero que esta se fue incorporando, inevitablemente y cada vez con más fuerza en sus análisis.

Su formación académica comenzó en colegios ingleses, en donde se forjó su sentido de pertenencia nacional, sobre todo a partir de la literatura: Chaucer, Shakespeare, los poetas metafísicos del siglo XVII y los poetas augustos del XVIII, además de la prosa de Thackeray, Defoe, Hardy, Walter Sott, las hermanas Brontë y George Eliot. Pero también autores de la generación de Evelyn Waugh y George Orwell. Judt ingresó como estudiante de Historia al King’s College de Cambridge en donde la influencia del marxismo en sus años universitarios era aún muy poderosa y en donde el impacto de presencias como la de Eric Hobsbawm eran definitivas en la manera de hacerse historiador.

Fue en su época de estudiante, cuando Judt se acercó al “kibutzismo” sionista. A principios de los

años sesenta pasó una temporada en Israel, trabajando en un kibutz y convirtiéndose en lo que él mismo define como un sionista socialista convencido. En la primavera de 1967 se trasladó de nuevo a Israel, para apoyar en la Guerra de los Seis Días, contribuyendo a formar una organización de voluntarios. Fue entonces cuando tuvo contacto, por primera vez, con el Israel real. Éste lo desilusionó y lo alejó del sionismo. Judt afirma que

[...]aquel no era el mundo fantástico del Israel socialista que a tantos europeos les encantaba (y encanta) imaginar, una proyección ilusoria de todas las cualidades positivas de la Centroeuropa judía libre de cualquier defecto. Aquel era un país de Oriente Próximo que despreciaba a sus vecinos y estaba a punto de abrir con ellos una brecha catastrófica, de una generación, confiscándoles y ocupando sus tierras.

Muchas de sus ideas a propósito del Estado de Israel, del uso de la historia judía y del Holocausto por el mismo, las expuso Judt años después en el polémico artículo *Israel: The Alternative* publicado el 23 de octubre de 2003 en *The New York Review of Books*. En el artículo ahondó en el tema israelí al sostener que “en los años próximos, Israel va a devaluar, socavar y finalmente destruir el significado y la utilidad del Holocausto, reduciéndolo a lo que mucha gente ya dice que es: la excusa de Israel para su mal comportamiento”.

Judt estudió su posgrado en la École Normale Supérieure en París

y sus investigaciones trataron acerca del socialismo francés de la década de 1920. Las preguntas que guiaban su investigación tenían que ver justamente con el por qué del fracaso del socialismo francés, el por qué no hubo revueltas ni revolución en Francia en 1919 cuando parecía haber un ambiente propicio para ello y el cómo se impuso el comunismo soviético por encima de las corrientes del socialismo autóctono de la Francia republicana. En un momento de auge de los estudios de tema comunista, su aproximación al socialismo lo colocaba de nuevo en una postura atípica. Él mismo se autodefine, muchas veces, como un *outsider* en el mundo intelectual y académico.

Judt se zambulló de lleno en el ambiente intelectual parisino:

De repente me encontré en el epicentro del *establishment* intelectual, pasado y presente, de la Francia republicana. Yo era muy consciente de que estaba estudiando en el mismo edificio en el que Émile Durkheim y León Blum habían estudiado también a finales del siglo XIX, o Jean Paul Sartre y Raymond Aron treinta años más tarde. Me sentía loco de contento, rodeado de estudiantes inteligentes, con ideas afines a las mías.

En ese ambiente, dice, aprendió a razonar y a pensar de una forma que conservaría para siempre. Tras doctorarse, aceptó una invitación para ir a los Estados Unidos, a la Universidad de California en Davies. Este fue el inicio de una itinerante vida académica que lo

llevaría reiteradamente a Inglaterra, a Francia y a los Estados Unidos y que movería también sus intereses historiográficos del socialismo francés, a la compleja historia intelectual de la Europa oriental, apabullada a lo largo del siglo por el comunismo soviético y el fascismo y que en los años ochenta iniciaba un vertiginoso proceso de transformación. “Europa del Este me había abierto a un nuevo tema y a una nueva Europa; pero también coincidió con un cambio radical de perspectiva, y algo que, desde la reflexión, yo calificaría de madurez”. Fue con esa madurez intelectual que Judt se lanzó a la titánica tarea de tratar de hacer inteligibles los enredados juegos de poder, debates intelectuales, proyectos económicos, relaciones internacionales e intereses geopolíticos que caracterizaron a Europa y a los Estados Unidos durante el súper ideologizado siglo XX. De sus innumerables lecturas y pesquisas resultaron algunos títulos indispensables: *Marxism and the French Left: Studies on Labour and Politics in France 1830-1982* (1990), *Past Imperfect: French Intellectuals, 1944-1956* (1992), *A Grand Illusion?: An Essay on Europe* (1996), *The Burden of Responsibility: Blum, Camus, Aron, and the French Twentieth Century* (1998), *Postwar: A History of Europe since 1945* (2005) y *Reappraisals: Reflections on the Forgotten Twentieth Century* (2008). Una de sus conclusiones a propósito del siglo XX me parece especialmente digna de ser destacada, la de que a pesar de haber estado dominado por la amenaza de la violencia y el extremismo ideológico del fascismo y del comu-

nismo, el liberalismo acabara imponiéndose lo que constituyó uno de los acontecimientos más inesperados de la época. El liberalismo y el capitalismo demostraron ser sorprendentemente adaptables, fenómeno que constituye uno de los temas centrales en sus investigaciones.

Pensar el siglo XX narra los caminos que siguió Judt en la realización de estos trabajos: analiza sus lecturas y sus autores, nos presenta a sus interlocutores en las distintas universidades en las que trabajó, reflexiona acerca de las dificultades que tuvo a la hora de escribirlos. De alguna manera nos muestra el andamiaje que permitió la elaboración de sus libros. Pero Judt, además, aborda otros temas fundamentales: lo que podemos denominar su metodología como historiador y el compromiso político del intelectual.

Respecto de lo primero, Judt comenta su aversión por el estilo inglés y estadounidense de escribir monografías en las que se abordan y analizan todas las interpretaciones acerca del tema en cuestión para luego añadir “alguna pequeña y cautelosa revisión propia”. Él, en cambio, quería ver lo que podía conseguir por su cuenta. Respecto de lo segundo abunda mucho más. A las preguntas de Snyder acerca de lo que significa convertirse y ser un historiador que no es mediocre y no está al servicio de alguna moda; acerca de para qué sirve la historia y cómo puede ejercerse en forma respetable, Judt da unas largas, interesantes y debatibles respuestas. Para él, la perspectiva historiográfica liberal y socialista sobre el progreso y mejora de las

sociedades, está cancelada, aunque no del todo. Las versiones más burdas del pensamiento económico de los últimos treinta años, dicen, ven al crecimiento económico y a los mercados libres no solamente como condición necesaria para la mejora humana, sino como la mejor versión de ésta. Aunque sostiene que no se puede inventar o explotar el pasado para fines presentes, afirma que los historiadores “no deberían escribir nunca sobre el pasado sin interesarse por sus implicaciones actuales” y considera que “un libro de historia mal escrito es un mal libro de historia”. Aborda también el tema de la enseñanza de la historia, criticando las nuevas versiones revisionistas, los enfoques supuestamente críticos, que “generan confusión más que perspicacia, y la confusión es enemiga del conocimiento”. Considera que para entender el pasado, hay que saber lo que pasó, en qué orden y con qué resultado. En cambio, dice, “hemos educado dos generaciones de ciudadanos completamente desprovistos de referencias comunes”. La tarea del historiador, concluye, “es proporcionar la dimensión del conocimiento y la narrativa histórica, sin la cual no podemos ser un todo cívico. Si tenemos una responsabilidad cívica como historiadores, es esta.” Apelando a su propia experiencia como profesor, sostiene que sus estudiantes, tanto los de educación elemental como los universitarios, prefieren que se les enseñe la historia de la forma más convencional y directa, “si empiezas a enseñarla al revés, comenzando por sus significados y rifirrafes interpretativos más profundos,

nunca la entenderán. No quiero decir que se deba enseñar de una forma aburrida sino meramente convencional”.

Tras estas reflexiones acerca de la pedagogía de la disciplina, Judt aborda otro aspecto, el de la responsabilidad social de los intelectuales. Su paso de la historia de Francia a la filosofía política, la teoría social, la política y la historia de Europa del Este culminó con su acercamiento a las cuestiones de política exterior tanto europea como estadounidense. Esto le hizo dar el brinco, que pocos historiadores dan, a una serie de preocupaciones contemporáneas y compromisos cívicos. Aunque consciente de lo limitado de la influencia del quehacer intelectual en el mundo moderno, Judt siguió considerándolo indispensable, sobre todo en un momento en que “la elección a la que nos enfrentamos en la siguiente generación no es entre el capitalismo y el comunismo, o el final de la historia y el retorno de la historia, sino entre la política de la cohesión social basada en unos propósitos colectivos y la erosión de la sociedad mediante la política del miedo”. Ante esta disyuntiva, dice, tenemos que “reformular el debate sobre la naturaleza del bien público. Va a ser un camino largo. Pero sería irresponsable pretender que existe una alternativa seria”.

La obra de Judt es, tal vez sin quererlo, un alegato a favor de la historia reciente, terreno tradicionalmente acaparado por sociólogos y politólogos, como campo de investigación para los historiadores. Él mismo explica cómo, al haber nacido en 1948, era contemporáneo de los temas de historia acerca de los

que había escrito. Esto, dice, “no garantiza una perspectiva objetiva ni una información más fiable; sin embargo, sí facilita una cierta frescura de enfoque”. La objetividad no representa por lo tanto un problema para él:

Un historiador (o de hecho cualquier otra persona) sin opiniones no es muy interesante, y sería muy extraño que el autor de un libro sobre su propio tiempo careciera de una visión intrusiva de la gente y las ideas que lo protagonizaron. La diferencia entre un libro asertivo y uno distorsionado por los prejuicios del autor, a mi parecer, es que el primero reconoce la fuente y la naturaleza de sus opiniones y no alberga pretensiones de objetividad absoluta.

Es muy probablemente esta aceptación de la imposibilidad de alcanzar la objetividad, muy propia de su generación, la que lo alejó de la generación precedente, la que se había formado en la aceptación de paradigmas y modelos historiográficos derivados del materialismo histórico y que pensó que la historia caminaba en un sentido definido y en cierta medida previsible. Eric Hobsbawm, quien como buen comunista menospreciaba a quienes se definían o manifestaban como liberales o socialdemócratas, emitió severas críticas al trabajo y a las conclusiones de Judt. En un artículo publicado tras su muerte, “After the Cold War. Eric Hobsbawm remembers Tony Judt”, publicado en la *London Review of Books* el 26 de abril de 2012, hizo duras críticas a

su trabajo y opiniones. El origen de sus críticas estuvo muy probablemente en lo que consideró alusiones directas a su persona y a sus posiciones políticas: “Tony fue, por supuesto, tan antiestalinista como todos, y amargamente crítico con aquellos que no abjuraron del partido comunista aún cuando quedara demostrado que no eran estalinistas y estuvieran, como yo, alejándose lentamente de la original esperanza mundial que supuso octubre de 1917”. Sobre la obra de Judt afirmó que la crisis del comunismo en la Europa oriental “le condujo a él y a otros que deberían haber estado mejor informados a creer el cuento de hadas de las revoluciones de Terciopelo y multicolores de 1989 y después,” sosteniendo Hobsbawm que “no hubo tales revoluciones, sólo diferentes reacciones ante la decisión soviética de retirarse”, afirmación sola que parece justificar las críticas previas de Judt al gran historiador de las revoluciones burguesas.

De *Posguerra*, Hobsbawm reconoció que,

[...]muy pocos autores tienen la capacidad de abordar un tema tan vasto o de llevarlo a buen puerto. *Posguerra* es un logro impresionante. Aunque sólo sea porque todo libro que lleva su análisis hasta el presente incorpora su propia obsolescencia, su futuro es incierto. Pero podría tener un periodo de vida más largo como obra narrativa crítica de referencia porque está escrito con brío, agudeza y estilo. *Posguerra* le situó por primera vez como figura destacada dentro de la profesión.

Con *Pensar el siglo XX* fue mucho más severo: “no es un gran libro, ni siquiera el torso de un gran libro —¿cómo podría haberlo sido, dada la manera en que lo escribió?”. Sin embargo añadió a su comentario que se trataba de

Una lectura esencial para todos los que quieran saber lo que los historiadores con-

temporáneos tienen que decirnos. También es un modelo de discurso civilizado en la aldea global académica. Muestra que los historiadores pueden cuestionar sus propios supuestos, examinar sus propias certezas y ver las maneras en las que sus propias vidas están formadas y reformadas por su siglo.

Lograr condensar todo esto en un libro en la época en que se extinguieron las certezas y los paradigmas respecto de la historia, lo vuelve, como dice Hobsbawm, muy a su pesar y desde los recovecos de la crisis entre generaciones de trabajadores de un mismo oficio que destila su comentario, en una lectura esencial acerca de la historia más reciente y del quehacer del historiador.

